

de las obreras. Está presente la violencia: piquetes, barricadas, asaltos, grupos de niños que apedrean establecimientos, farolas, tranvías o esquirolas.

Dada su trascendencia se dedica un capítulo a la mujer, ocupada en una amplia nómina de oficios, sobre todo en agricultura, sedería y servicio doméstico, pero también figuran lavanderas, costureras, modistas, esparteras, mandaderas, vendedoras, maestras y molineras. Salvo contadas ocasiones, un trabajo duro y mal remunerado, sin que falten los malos tratos de encargados y contra maestras. A destacar el protagonismo alcanzado por las hilanderas con huelgas multitudinarias. Algunas conseguirán individualizarse como Leonor (a) *la Capitana* o Ana Pérez, otras caerán abatidas en mitad de la calle.

Se desagrega la conflictividad de origen político, atendiendo a que los grupos subalternos son utilizados por las clases medias para luchar –como diría Marx– «contra los enemigos de sus enemigos». Ocurre con la sublevación de febrero-marzo de 1844, el levantamiento de Gálvez en 1854 o la intentona republicana de 1886. Se contemplan también otros motines, huelgas y protestas de clasificación más compleja, que podrían interpretarse como reflejo de las mentalidades: defensa de tradiciones, relaciones vecinales, clericalismo y anticlericalismo.

Dolor y sangre obrera derramada, mientras el Estado ampara a los propietarios. La cuestión social es sólo un problema de orden público. No hay tregua ni transacción posible. Ocurrirá una y otra vez, pero las aspiraciones proletarias seguirán en pie. El libro que presentamos es testimonio fehaciente de todo ello. Un genocidio olvidado de forma interesada que ahora recupera con rigor el profesor R. Montes. Ello sólo sería bastante para valorar en su justo término el trabajo realizado, pero hay que añadir honestidad, buen hacer y un estilo alejado de toda artificialidad que hará llegar su contenido a los olvidados de la historia. Contribuciones como ésta devuelven la fe en el auténtico sentido de este oficio.

**Pedro M<sup>a</sup> Egea Bruno**  
Universidad de Murcia

**CABRERA, Ángel:** *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif.* Prólogo de M. Hernánde de Larramendi. Madrid. Ibersaf. 2004, XXV+271 pp.

La literatura de viajes es un género que se prodigó en la Europa de los siglos XIX y XX, cuyo auge ha de vincularse a la expansión colonial europea en África y Asia y a la época de expansión científico-cultural de las sociedades científico-históricas. En un contexto donde la acción político-militar y científico-cultural se daban la mano, los viajeros se convirtieron en los actores de esta labor en cuyas obras se entremezcla la pasión por la aventura y lo desconocido, con el rigor científico y la actividad investigadora. Si países como Gran Bretaña o Francia encontraron en Oriente Medio y en Egipto sus principales

zonas de actuación, España descubrió en Marruecos su «oriente» particular. Ángel Cabrera se convertiría en el continuador de renombrados viajeros españoles como Domingo Badía «Ali Bey» o José María de Murga «el Moro vizcaíno».

Ángel Cabrera (1879-1960) es considerado como uno de los principales zoólogos de habla hispana cuya trayectoria científica está vinculada al Museo de Ciencias Naturales de Madrid y al departamento de Paleontología del Museo de La Plata (Argentina), a partir de 1925. Entre 1913 y 1923, Cabrera realizó cuatro viajes a Marruecos en calidad de zoólogo, los tres primeros los realizó como comisionado de la Real Sociedad de Historia Natural (1913, 1919 y 1921) y el cuarto (1923) como guía y colaborador del contralmirante inglés Hubert Lynes, naturista interesado en el estudio de las aves sedentarias en Marruecos. Las impresiones de Ángel Cabrera, no como científico, sino como viajero y observador de un territorio en plena transformación, fueron recogidos en *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*.

En 1912 se implantó en Marruecos un régimen de Protectorado por el cual se establecieron tres zonas de influencia en el país: el norte, que quedó bajo control español, a excepción de Tánger en donde se implantó un régimen internacional, y el sur de influencia francesa. Así pues, en un periodo en el que Marruecos era para España prácticamente un país desconocido, cuyas referencias se vinculaban a acciones bélicas como había sido la Guerra de África de 1860, de la cual España había salido victoriosa, o los desastres del Barranco del Lobo (1909) y Annual (1921), que habían supuesto una sangría humana y económica para el país, las sociedades científicas y geográficas comenzaron a desarrollar misiones de investigación científica en el norte de Marruecos.

Los viajes de Cabrera nos acercan a la geografía y a la situación político-social del norte de Marruecos en los primeros años de la instauración del Protectorado español. Cabrera en su primera visita a Tetuán, la capital del Protectorado, tan solo unos meses después de la firma del mismo escribía acerca de la presencia española: «En los días de aquella mi primera visita a Tetuán, aún no había hecho el Jalifa su entrada en la capital del Protectorado. Nuestras tropas acampaban fuera de la ciudad, y se veían por las calles muy pocos soldados españoles, encontrándose únicamente parejas de tropa indígena» (p. 34). Cabrera nos acerca a las transformaciones experimentadas en la zona a partir del establecimiento del Protectorado en lo referente a la articulación de las comunicaciones, crecimiento urbano e incremento de la presencia europea. En este sentido, Ángel Cabrera señalaba en su último viaje: «Tetuán no era ya la ciudad aislada del mundo que yo había conocido. Y fue, en efecto, un placer para mí el hacer en tren, y en poco más de dos horas, el mismo pintoresco recorrido que ocho años antes hice a caballo en dos días y medio, y el ver pasar rápidamente los puntos que entonces significaron etapas, o los trozos más difíciles del camino» (p. 173). Por otra parte, Ángel Cabrera en su obra se desmarca como un fiel defensor de la labor colonizadora de España: «Esta feracísima porción de nuestra Zona, que deberían visitar cuantos en tertulias de ateneos y de cafés, si no en libros y periódicos, se obstinan en pintar Marruecos como un erial improductivo» (p. 80).

El texto original de *Magreb-el-Aksa* fue publicado en 1924 por la editorial Voluntad. La reedición, que aquí se presenta, ha sido realizada por la editorial Ibersaf en colaboración con el CSIC, inaugurando la colección Viajes de Papel. El prólogo, realizado por Miguel Hernando de Larramendi, especialista en relaciones hispano-magrebíes, es una magnífica labor de síntesis que ofrece al lector las pinceladas necesarias para comprender no solo la obra de Cabrera, sino el contexto histórico-científico en el que ésta se desarrolla. Por último, deseo señalar que la reedición de ésta obra se enmarca dentro de las jornadas celebradas en el CSIC (2003) en torno a la figura de Ángel Cabrera, cuyos resultados se han materializado en la publicación *Ángel Cabrera: ciencia y proyecto colonial en Marruecos*, a cargo de Helena de Felipe, Leoncio López-Ocón y Manuela Marín en 2004.

**Irene González González**

Universidad de Castilla-La Mancha

**LÓPEZ GÓMEZ, Jesús y HERRERO CARCELÉN, Manuel:** *Beneficencia en Murcia. Cien años de la Tienda-Asilo*. Murcia. Ayuntamiento de Murcia. 2003, 292 pp.

Es conocido el tópico acuñado por Unamuno de que Murcia era «la ciudad más huertana de España», y también la réplica de Isidoro Reverte calificándola como «la huerta más urbana de Europa». Al margen de la retórica, más o menos ocurrente, lo cierto, como apunta José María Jover, es que estamos en presencia de un enclave mediterráneo de base agraria. La villa y la huerta se compenetran por el género de vida agrícola, la relación propietario-colono y el mercado. Esas relaciones, en el orden urbano, se hacen más visibles cuando en 1868 termina de derribarse la débil cerca de ladrillo y piedra que rodea la población.

Destacan las producciones de trigo, maíz, cebada, habichuelas, pimientos, verduras y frutas, que se exportan a Madrid y otras provincias en grandes cantidades. Los cambios más notables, ya a finales de siglo, se dan con el arraigo de los productos destinados al mercado o a cubrir los pedidos de las factorías conserveras y la ganadería. De este modo se asiste a la expansión de los frutales y del pimiento destinado a la elaboración de pimentón.

Frente a la decadencia de las industrias tradicionales –como la seda– se aclimatan con fuerza las alimentarias. Es el caso de la pimentonera, que se franquea en las plazas nacionales y se introduce en las norteamericanas. En 1900 ya figuran 42 empresas y el 18 de diciembre de 1900 se data el acta de constitución oficial del Gremio de Exportadores de Pimiento Molido. No menos sobresaliente resulta el desarrollo de la conserva, enraizada desde 1890, que en 1900 cuenta con cinco firmas. Tal progresión tiene importantes efectos de arrastre: revalorización de la fruta, empleo femenino, mejora de las plantaciones, despliegue del transporte y de iniciativas conectadas a las necesidades del envasado: pequeña metalurgia, química, madera de embalaje, saquerío, artes gráficas, etc.